

EL ECO DE LA VERDAD.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.
 Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.
 Fuera de Barcelona: un año, id. . . 4 ptas.
 Extranjero y Ultramar: un año, id.. 8 ptas.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION,
Calle de Fonollá, 24 y 26.
 Se publica los Jueves.

PUNTOS DE SUSCRICION.
 En Lérida, Administracion de
 El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.—
 Madrid: Almagro, 8, entr. derecha
 -Alicante: S. Francisco, 28, dup o

SUMARIO.

Lo que dicen las mujeres. — El hijo natural. — Ojo por ojo, y diente por diente. — Pensamientos. — Erratas.

LO QUE DICEN LAS MUJERES.

III.

—Sí; Amalia, nos dijo Enrique hablando formalmente, los hombres no seremos muy buenos: nos tachan de egoistas, en lo cual conozco que tienen razón; pero mire V. que hay mujeres que no desmerecen de su madre Eva; que según cuenta la historia ella ha sido la perdición del linaje humano: pero han quedado unas hijas, capaces de perder á todas las generaciones futuras. ¿V. conoce á la señora de mi principal? á la de Lopez?

—Sí; aquí la he visto varias veces, y por la calle también.

—Entonces conocerá V. á la mujer de Javier porque siempre vá con ella.

—¿Es una jóven rubia que tiene cara de mogigata, que parece que siempre está en éxtasis?

—La misma, pues mire V., esas dos mujeres, ahí donde V. las vé, son dos seres que aunque desaparecieran de la tierra no harían falta ninguna; y eso que las dos tienen hijos: pero era preferible que no los educaran ellas.

—¡Ave María Purísima! dijo Julia con impaciencia: pues yo las trato y las encuentro muy agradables á cada una por su estilo.

—Pues mira Julia, replicó Enrique con marcado enojo, si algún día te llegases á parecer á ellas, no estaría á tu lado ni dos minutos. Figúrese V. Amalia que par de alhajas serán. Empezaré por la de Lopez.

Muchas veces me quedo solo en el despacho de mi principal escribiendo su correspondencia privada, y en un gabinete contiguo está siempre ella estorbando con su charla á los que escriben, pero ha tenido el capricho de hacer de aquel aposento el costurero. La de Javier, que vive en la misma casa, se vá allí muchas tardes, y aunque yo no quiera me entero de cuanto hablan, y esta misma tarde me llamó la de Lopez para enseñarme una pulsera que lo menos valdrá doscientos duros, en esto entró su marido y le dijo ella:—Mira Lopez, que buen gusto he tenido, á Enrique también le gusta mucho.

—Sí, dijo él con cierta ironía dolorosa; á mí también me agradaría si no tuviera que pagarla. Créeme Enriquillo, replicó volviéndose á mí, no te cases aunque tu futura te ofrezca un trono, y trató de sonreírse, pero su sonrisa era muy amarga.

Entramos los dos en su despacho, me entregó las llaves de los armarios y de los cajones de su mesa, diciéndome al oído:—Me voy esta noche: para la familia me marchó á cazar, espérame á las diez en la fuente de Cibeles y te enteraré donde voy.

Yo me quedé preocupado porque nadie mejor que yo sabe los apuros que está pasando el pobre Lopez, y este viaje repentino me huele muy mal, traté de seguir escribiendo, pero no podía, me empeñé en seguir, cuando oí á la de Javier que decía:

—Parece que á tu marido no le ha hecho gracia que hayas comprado la pulsera.

—Pues mira, que se fastidie; bien sabes tú como yo estaba en mi casa que hasta para levantarme, y mientras me peinaban, las batas que usaba eran de glasé. La tonta fuí yo que me casé con él; mi padre tuvo la culpa: siempre me estaba sermoneando con que Lopez era tan hombre de bien, que miraria tanto por mi caudal, y si me descuido un poco, nos quedamos á pedir limosna; porque es muy cierto que los hombres tontos, ni para santos sirven.

—Nó mujer, no digas que Lopez es tonto.

—Es bueno, demasiado bueno, que es lo mismo; así es: que yo ya sé que tiene apuros y grandes me parece, pero mira, que se los pase, tambien los paso yo; que hasta mala me pongo cada vez que recuerdo que ya no tengo carruaje. Si él hubiera hecho lo que yo le aconsejaba nos hubiéramos ido á los Estados-Unidos, y ahí te quedas mundo amargo.

—Sí, pero si á él lo hubiesen cogido antes de llegar allá: quizá hubiese venido de cárcel en cárcel.

—Pues hija, el que no se embarca no pasa la mar, si se calculara todo lo malo que nos puede suceder en todas las empresas de la vida: no se realizaria ningun adelanto.

—No debe uno apurarse por lo de aquí, porque al fin todo es perecedero.

—Será todo lo frágil, todo lo quebradizo que tu quieras, pero yo quiero vivir el tiempo que esté en la tierra, por lo mismo que todo perece: debe una aprovecharlo antes que se acabe.

—¡Ay! si te oyera mi confesor.....

—Me daria la razon; porque se conoce que él no se dá mala vida, bien grueso está, y con un semblante muy satisfecho; y apropósito, ¿sabes que me ha dicho Lopez? que á Javier no le gustaba que fueras tanto á la iglesia, porque dice que las criadas no hacen nada mientras tú estás fuera de casa.

—Pues hija, la salvacion del alma es lo primero; mi confesor me dice que todo se debe dejar por Dios, que la casa de la mujer es la iglesia.

—Tú no debiste salir del convento.

—Casi, casi tienes razon; bastantes veces me he arrepentido de haberme casado.

—Pues no tienes motivos, porque Javier es un infeliz, un poco cazolero,.... pero alguna falta habia de tener. Por lo demás tú ganaste mucho al casarte con él, porque no llevastes nada de dote y él te sostiene con mucha decencia.

—Pues por eso me casé con él; yo no podia ser monja porque no tenia dote, y que al estar ya en el siglo cambié un poco de ideas, mi tia tenia un genio infernal, no se podia vivir con ella, y mi confesor me dijo:—Cásate, que Javier es muy buen muchacho, y por eso me casé. Pero tiene el matrimonio muchos fastidios. Tú no sabes la guerra que dan las criaturas; como tú no las crias no sabes lo que es bueno; pero yo, que Javier con todo transige menos con que sus hijos tengan nodriza: te aseguro que nunca tengo un rato para oír dos misas con tranquilidad, ó irme una tarde al sermon, y ahora que no estoy criando quiero aprovechar que pronto volveré á estar atada otra vez.

—Sí, sí; en eso tienes razon; no te figures que todos los hombres son lo mismo. Lopez tambien queria que yo los criara, pero en eso estaba yo pensando, y como á mí no me pasaba como á tí, que podia gritar fuerte porque yo era la dueña de todo: le dije rotundamente que nó; porque una mujer criando no puede ir á ninguna parte; y yo no puedo vivir sin pasar la noche en el teatro; es que no puedo. Lopez muchas veces me ha dicho que le gustaria que nos reuniéramos en casa unos cuantos amigos; ¿pero qué quieres? eso no me distrae, así es que nunca he querido.

En esto le anunciaron á la de Lopez que tenia una visita y las dos amigas se fueron del gabinete.

Ahora bien, Amalia; la voy á poner á V. en mas antecedentes para que aprecie mejor a estas dos mujeres. La de Lopez es verdad que ella era muy rica, y que su marido era un dependiente de la casa, sin mas bienes que su inteligencia y su bondad, pero ella con todas sus riquezas era muy mal mirada en la sociedad, no por ella precisamente, eso nó; sino por las locuras de su madre, y ya sabe V. que siempre se dice de tal padre tales hijos; de manera que Lopez le hizo un gran favor casándose con ella, mucho mas que se sabia que una viuda millonaria jóven y guapa se queria casar con él, por lo cual se vió que Lopez no buscaba el dinero; la suerte se lo ponía en la mano y él tomó la cantidad mas pequeña; ha sido, y es, el modelo de los maridos; que si están semi-arruinados no ha sido por sus vicios, sino por su bondad, por creer á los demás tan buenos como él, que los estraños lo quieren, que sus dependientes miramos en él un padre, y solo ella es la que lo vé hundirse en la bancarrota, y compra joyas para engalanarse, diciendo que se fastidia, ¿eso es muy triste Amalia! mujeres de esta especie no merecen el nombre de mujer. Si es la de Javier, era una infeliz, que al casarse es cuando comenzó á vivir, y ya vé V. que agradecimiento: rabiando con los hijos, y tomando el matrimonio como una especulacion; y como estas, Amalia, hay muchas mujeres, muchísimas desgraciadamente. ¿Será V. capaz de negarlo?.....

Nó, Enrique, yo nunca negaré la verdad. En este pícaro mundo hay un adagio que dice: «Dios le da narices al que no tiene pañuelo,» y al parecer así sucede. Un hombre bueno, casi siempre elige por compañera á una grandísima loca, y vice-versa.

—Sí, Amalia, sí; crea V. que cuando un hombre se casa echa á la lotería, y son mas las veces que sale perdiendo, que no las que va ganando.

—No tanto Enrique, no tanto.

—Sea V. imparcial, acuérdesse V. de Eduardo.

—¿Qué Eduardo?.....

—Sí, hágase V. la tonta y la olvidadiza, le hablo de Eduardo Gil, de aquel chico cubano.

—No sé nada de él, hace muchísimo tiempo, ¿dónde está?

—Veraneando.

—¿Veraneando! parece que lo dice V. con cierta ironía; ¿dónde está pues?

—En un presidio, contestó Enrique con voz vibrante.

—¿Es posible? exclamó Julia palideciendo.

—Sí, Julia, sí; es posible y su mujer tiene la culpa que haya ido á confundirse entre la héz de la sociedad.

—Siempre es bueno echar la culpa á alguno, contestó Julia algo amostazada. Pues si ella parecia una inocentona.

—Sí, pues mira lo que hizo con toda su inocencia. Mientras su marido la llevó á correr mundo con el lujo de una duquesa todo fué bien, pero cuando él á causa de tan locos dispendios gastó lo que no era suyo, ella dijo entonces: aquí sobra uno, y se volvió al lado de su familia, dejando abandonado al padre de su hija, que hoy gime en una prision olvidado de todos, mientras su mujer vive muy tranquilamente, sin acordarse que su marido carece de lo mas necesario.

—¿Parece mentira! dijo Julia con dolorosa admiracion. Esas no son mujeres; pues si la mujer ha nacido para consolar al hombre, para ser su ángel bueno, su iris de paz en todas las tribulaciones de la vida, yo al menos eso es lo que he visto en mi casa. Bien sabes tú Amalia que hasta que mi padre murió no fui á ningun baile, porque como el pobrecito estaba ciego: decia mi madre que no debíamos disfrutar mientras mi padre padecia, y yo lo encontraba esto tan lógico y tan natural, que no me causaba pena dejar de ir á las diversiones, yo era la compañera de mi padre, los dos salíamos al campo, donde él decia que respiraba mejor, allí le leia un rato, en su obra predilecta El Quijote, que ya lo sabíamos de memoria,

y cuando al regresar á casa me decia mi padre ¡qué buen rato me has hecho pasar Julia! ¡yo me ponía tan contenta! y mientras mi madre se quedaba arreglando las cosas de casa y la pobre se sacrificaba en obsequiar á unos cuantos amigos para que estos vinieran de noche á hacer compañía á mi padre. Mi madre y yo vivíamos consagradas al autor de mis días; pero lo hacíamos sin violencia, y cuando murió, murió bendiciéndonos, diciendo que habia vivido en la gloria, y yo cuando he salido despues de algun baile, siempre me he acordado de las tardes que pasaba con mi padre en el campo, y echaba de menos cuando me decia: ¡qué buen rato me has hecho pasar Julia!.....

Como yo estoy acostumbrada á este amor, no concibo que haya mujeres que se casen por interés, y que les fastidie criar á sus hijos. Como yo he tenido un cielo en mi casa.....

—No crees que exista el infierno, replicó Enrique alegremente: nosotros no lo tendremos, no temas.

—No me harás pasar las veladas sola ¿eh?

—Nó, mujer, nó.

—Si porque lo que mas me asusta es la soledad que pinta Lucila.

—Sí, Julia, en parte tienes razon; la soledad le dá á las mujeres muy malos consejos. Amalia; se acuerda V. de la de Peña?

—Yá lo creo; no me he de acordar.

—Pues si viene V. mañana por aquí á la hora que yo vengo, le contaré lo que le ha pasado á la de Peña. V. que siempre anda á caza de historias, esta le podrá servir para escribir un artículo.

—Descuide V. que no faltaré; que eso tal vez me dará asunto para escribir sobre *la soledad de la mujer*.

(Fase at 173)

Pasa al 173

— AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Leer **EL HIJO NATURAL.**

Muy tosca es mi pobre pluma para poder trazar con todos sus mas vivos colores este tristísimo cuadro de la vida, ¡el hijo natural!

¡Ah! ¿Cómo decirle á la humanidad que borre de la historia este fatídico nombre? ¿Cómo dirigirme á los autores de este drama? ¿Cómo acusarles si son mis hermanos? Y ¿cómo dejarles seguir por esa senda de corrupcion, si mi deber es aconsejarles? ¿Cómo es posible que los séres sensatos miren con indiferencia á esas inocentes víctimas sacrificadas por el orgullo, puestas en el torno de la inclusa, abandonadas en un portal ó medio ahogadas en un cestito en medio de la calle?

Increible parece que haya séres que obren con tanto cinismo, y que haya madres tan poco dignas de este dulce nombre, que tengan corazon para abandonar á esos pedazos de sus entrañas. ¡Una mision tan sublime como es la de ser madre! Ya que no les deis un nombre, no los abandoneis ni les quiteis una vida que no os pertenece, porque esto es usurparle los derechos al Sér supremo; ya que habeis sido débiles, al menos no os hagais mas despreciables á los ojos de Dios, y alimentadlos con vuestros pechos cumpliendo con el sagrado deber de madre. ¿No sabeis, desdichadas, la responsabilidad que pesa sobre una madre que abandona á sus hijos? ¿No sabeis que aunque vuestras inocentes víctimas os perdonen, no dejareis de sufrir vuestro condigno castigo?

Y á vosotros, padres sin corazon ¿qué os diré? ¿Qué se merece el hombre que por un pueril capricho ó mero pasatiempo, seduce á la mujer y luego con la mayor sangre fria abandona á esta y al fruto de su amor?

¡Infelices.....! ¿No comprendéis que mañana cuando volvais á la tierra, podeis ser una pobre mujer y hallaros en el mismo caso en que ella se encuentra? ¿Os

gustará que entonces obren con vosotros del modo que obráis ahora? Ciertamente que nó, pero sin embargo el vicio avanza, y la virtud..... ¡ay! huye despavorcida por no ver tanta maldad: todos los dias vemos niños abandonados sin padres conocidos ¡sin nombre!

Las casas de Maternidad están llenas de estas víctimas inocentes ¡oh! la pluma es incapaz de describir la impresion que causan aquellos tiernos seres faltos de cariño y de los solícitos cuidados de una madre: no podemos mirarlos con indiferencia sin derramar lágrimas de verdadero dolor, cuando al pasar nos tienden sus manecitas como implorando nuestra proteccion, ó suplicándonos una caricia que vaya á reemplazar las muchas que su madre debiera prodigarles.

¡Pobres adultos! ¿Dónde posareis vuestra débil é insegura planta? ¿Quién guiará vuestros pasos en el escabroso sendero de la vida? ¿Quién os acogerá en su seno? ¿os mirará la sociedad con desprecio porque no teneis un nombre, viendo solo en vosotros el fruto de un amor ilícito? Y cuando el uso de la razon germine en vuestra mente ¿no os cubrireis de rubor y vuestros lábios se abrirán para maldecir el nombre de vuestros padres? ¡Ah! Ciertamente que sí, pero no hagais tal; si no les bendecis, no les maldigais; compadecedles y perdonadles; esta accion os elevará ante Dios; y esa sociedad que así os desprecia, inclinará su frente y os respetará; las almas grandes en todas partes se distinguen y hasta los mas pequeños comprenden su elevacion.

De estas sereis vosotras, tiernas víctimas que cual frágiles mariposas cruzais el éter en busca de un seno amigo que os proteja y os guie con la luz de la virtud; vosotras, que dejais quizás mundos mejores para venir á esta pobre tierra en busca de un sacrificio; vosotras, que venis á inspirarnos el verdadero amor con vuestra sonrisa de ángel; vosotras, que en vez de hallar unos brazos dulces y cariñosos, encontrais el arma homicida y todo lo sufrís con la resignacion del mártir sin exhalar ni una queja; y las que quedais con vida al salir de una casa de Asilo, cual errantes peregrinos sin familia y sin hogar ¿á dónde os dirigireis? ¿Qué será de vosotras?.....

¡Ah! La Providencia, esa protectora invisible, no os dejará perecer; Ella velará por vosotras; Ella guiará vuestros pasos hácia alguna alma caritativa, para que os prodiguen los mas tiernos cuidados; en tanto, rogad por los que se niegan á daros un nombre y llamaros hijos suyos; rogad para que el vicio degenere, la virtud avance, la humanidad progrese y el hombre se avergüence de un proceder tan poco digno.

Nosotros aunque pobres seres encarnados, pero alumbrados por la luz de la razon del luminoso taro del Espiritismo, uniremos nuestro humilde ruego en favor de los desgraciados; pediremos á Dios el eficaz antídoto contra esa terrible epidemia del vicio que tan cruelmente azota á la humanidad; pediremos tambien instruccion para la mujer, que cual frágil navecilla fluctua en el borrascoso mar de la vida entre la duda y la realidad, para ese diamante sin pulir que necesita el lapidario de la filosofía espírita, á fin de que reaparezca el purísimo brillo de la virtud, para esa profesora del Universo que necesita estar saturada de los mas bellos sentimientos, para saberlos inculcar á sus discípulos.

De este modo la mujer y siendo modelo de pureza, será buena hija, escelente esposa y madre amorosa; no abandonará á sus hijos, porque siendo virtuosa, no faltará á su deber; el rubor del delito no asomará jamás á sus mejillas; y no tendrá que llevarlos á la inclusa para cubrir su deshonor ante el mundo. El progreso estará entonces en todo su apogeo y el vicio será un mito para el Universo.

¡Ah! ¿cuándo veremos llegar este deseado dia? ¿Cuándo respiraremos el suavísimo ambiente del hálito Divino? ¿Cuándo veremos al ángel de la virtud con su diáfano cendal batir sus virginales álas sobre nuestras cabezas? ¿Cuándo apartaremos los ojos con horror de la impureza? ¿Cuándo seremos perfectos; cuándo, cuándo?

¡Ah! lo seremos cuando empecemos por respetar al anciano, consolar al afligido, socorrer al desgraciado, compadecer al ignorante, guiar al adulto y amar mucho á

los pequeñitos; ¡oh! los niños focos de luz, ellos vienen á aprender enseñándonos, ellos son los mensajeros del amor, la imágen de la pureza; pues Jesús dijo: «Dejad á los niños venir á mí, y no se lo estorbeis: porque de los tales es el reino de Dios.» Acerquémonos pues á los niños sí, é identifiquemos nuestras almas con las suyas; seamos puros y sencillos de corazón como ellos para poder entrar un día en la mansión de los justos; difundamos la luz y huyamos de las sombras; seamos, aunque en ínfimo grado, pequeños imitadores de Jesús, prefiriendo la razón lógica y sencilla, á la dorada mentira con elegantes formas; seamos fuertes para rechazar el mal, y solícitos para obrar bien; amemos á todos y en particular á los niños, pero sin distinción alguna, lo mismo al hijo legítimo que al natural, porque todos son hijos de Dios.

Si la humanidad fuera mas pensadora, no sucedería esto; porque se avergonzaria de despreciar lo que ella fomenta y evitaría el que existiera un ser destinado á vivir cual una planta exótica, entre la indiferencia y el olvido.

Por esto nosotros quisiéramos que cual rápido meteoro, se filtrase la virtud en todos los corazones, arrancando de raíz el mal y haciendo brotar los buenos sentimientos, para que la humanidad toda, se una con el indisoluble lazo del amor universal.

CÁNDIDA SANZ.

Barcelona y Julio de 1879.

OJO POR OJO, Y DIENTE POR DIENTE.

Amigos invisibles, que en el lenguaje usual se llaman lectores, pero que invisibles sois para mí puesto que no os conozco. ¿Os acordais de una confidencia que os hice con el epígrafe *El árbol de la vida*, en la que os presentaba éste, con flores, con frutos, y seco? Simbolizando este último período el cadáver de una mujer, que contemplé en un hospital, y á cuyo espíritu pregunté ¿quién eres? y escuché una voz clara y precisa que me contestó: *ya te diré quien soy*; pues bien, como no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, dicho espíritu pagó la deuda que contraí conmigo, dando la siguiente comunicacion por conducto de un medium escribiente mecánico, en distintas sesiones.

I.

«Amalia; te dió pena mi soledad y el ver mi cadáver abandonado en poder de seres indiferentes que se alegraban de mi muerte, porque les hice sufrir con mis lamentos.

»Mi soledad te inspiró simpatía y me preguntaste quién era yo; y agradecí tu espontáneo interés, pues me encontraba, (y es un caso bastante excepcional) sin turbacion alguna, pudiendo apreciar y conocer cuanto me rodeaba.

»Hacia mucho tiempo que solía abandonar mi materia por espacio de muchas horas, y me había acostumbrado á ver mi pobre cuerpo lleno de llagas, y cubierto de podredumbre, por lo tanto, al desatarse los lazos fluidicos que me unían á mi envoltura, la contemplé sin sobresalto ni pena; tan abituada estaba yo á mirarla.

»Tu voz amiga, fué el único eco que encontré en la tierra en mi larga peregrinacion; mi vida fué una serie no interrumpida de sufrimientos, justo castigo de mis anteriores desaciertos.

II.

»En mi penúltima encarnacion pertencí al sexo masculino, siendo mis padres honrados labradores en la provincia de Toledo; pero yo sin duda, en mi vida pasada fuí el primogénito de algun duque, puesto que miré con nécio desdeñ las tareas agrícolas: viendo mi padre que no podía hacer carrera de mí, me envió á Toledo,

al lado de un hermano suyo, que era canónigo, el cual trató de hacerme sacerdote; mas yo, que sólo pensaba en repartir estocadas y mandobles á diestro y siniestro, junto á las rejas de las nobles damas, porque en mi ambicion soñaba hacer fortuna por medio de un casamiento ventajoso, no hice caso de sus buenos consejos, y estrayendo de sus arcas cuanto dinero pude, huí de Toledo acompañado de otro perdido como yo.

III.

»Granada fué la ciudad que elegimos para teatro de nuestras locuras; cambiamos de nombre y en poco tiempo nos hicimos notables por camorristas y alborotadores, saliendo siempre ilesos en las continuadas peleas

»Siguiendo en mi idea de casarme con una mujer rica, fijé mis ojos en una hermosa jóven hija de una gran familia; ella tambien reparó en mí y me quiso desde que me vió, porque yo tenia la hermosura del ángel malo, como decís en la tierra, y subyugué por completo á Clemencia, que era cándida y buena.

»Con el oro venci la resistencia de su anciana dueña, que me facilitó la entrada en el jardin de la casa, donde habitaba Clemencia; la cual debia casarse con un pariente suyo á quien no amaba; le propuse la fuga, pero ella casta y pura se negó á ello, y entonces la dije que un sacerdote nos bendeciria antes de abandonar el hogar paterno.

»Así fué. Mi compañero de aventuras, disfrazado con un hábito de fraile, me acompañó una noche, y en un pabellon del jardin tuvo lugar la mentida y sacrilega ceremonia, siendo testigo la dueña de Clemencia: esta, pálida y temblorosa, abandonó la casa de sus mayores, dominada por mi poderosa voluntad.

IV.

»Pasamos ocho dias en una casa de campo. Clemencia era dichosa, y yo la dicté una carta para su padre, pidiéndole perdon y permiso para echarnos á sus piés; pero nuestra súplica fué en vano; la dueña de Clemencia contó á la madre de esta, nuestro secreto casamiento, y enterado su padre, púsose furiosísimo, declarando que desheredaba á la hija ingrata, prohibiendo terminantemente que nadie la nombrara en su presencia, puesto que para él habia muerto.

»La dueña de Clemencia, despedida de la casa, fué la que nos enteró de todo lo ocurrido, dejándome desconcertado; porque echaba por tierra todos mis planes de riqueza y poder.

»Mi amigo me aconsejó que dejáramos á Granada antes que nos hicieran dormir á la sombra; comprendí que tenia razon y quise dejar allí á Clemencia; pero mi compañero no lo juzgó prudente diciendo: que tiempo habia para esto; y salimos los tres con direccion á Cádiz; allí hice conocimiento con un capitan negrero y sin decir una palabra á Clemencia ni á mi amigo, me embarqué con rumbo á Cuba.

»Durante el viaje no dejó de turbar mi sueño un vago remordimiento: Clemencia iba á ser madre, y la dejaba abandonada en una ciudad estraña; mas á fuerza de embriagarme acallé los gritos de mi conciencia.

V.

»Me asocié con el capitan del buque y al cabo de dos años habia hecho un buen negocio comprando y vendiendo á mis hermanos.

»Conocí á una linda criolla, que era inmensamente rica y tres meses despues era mi esposa.

»Permanecí en Cuba algunos años y luego decidí fijar mi residencia en Madrid.

»Emprendimos el viaje, y al llegar á Cádiz miré á todos lados con recelo, temiendo encontrar á Clemencia que ni un solo dia habia dejado de ver en mi mente.

»¡La víctima seguia al verdugo.....!

»Dejé la antigua Gales, sin perder momento, y llegamos á Madrid; donde viví un año rodeado de un lujo fabuloso, queriendo á fuerza de aturdimiento desoir la voz de mi corazon, que continuamente me atormentaba.

»Mi esposa deliraba por mí, pero ella solo me inspiraba la mas completa indiferencia; mi pensamiento esclavo del oro, se encontraba como Tántalo; condenado a ver el agua y á morir de sed.

»Mi vida era un infierno; dos mujeres me habian amado, y yo nada habia sentido.

»Muchas noches las pasaba en la crápula y en la orgía, volviendo á mi casa desesperado, pensando mas que nunca en Clemencia.

»Una tarde salí con mi esposa y al anochecer encontramos el viático en la calle de Toledo: mi mujer saltó del coche mas lijera que el deseo y suplicó al anciano sacerdote que subiera á él siguiendo nosotros á pié.

»Mi compañera era fanática en demasía, pero hacia muchas obras de caridad, siendo una de ellas visitar á los enfermos.

»Me propuso que siguiéramos al viático por si el enfermo era pobre dejarle una limosna; accedí á ello, y sin poderme dar cuenta de lo que sentia, ansiaba llegar.

»Llegamos al fin á un callejon súcio y hediondo, y entramos en una casa donde se aspiraba un ambiente mefítico.

»Al final de un patio largo y estrecho, entramos en una habitacion donde unas cuantas mujeres rodeaban una miserable cama, si tal nombre merecia un mal jergon tendido en el suelo húmedo y frio.

»Una mujer ocupaba aquel pobre lecho, y al verla no pude contener un grito, Clemencia moribunda, estaba ante mis ojos.

»La enferma se movió lijeramente, como queriendo ahogar un gemido.

»El sacerdote se inclinó como para reconocerla y dijo con acento compasivo:

»Si yo hubiera sabido que me llamabais para ausiliar á Clemencia no hubiera venido; porque vestida y calzada se podrá ir á la gloria, que bien ganada la tiene, ¡pobre mártir.....!

»Se prosternó; oró breves momentos, bendijo á la enferma y salió diciendo: dejarla dormir, mañana volveré á verla.

»Mi mujer dió algun dinero á una de aquellas mujeres y salió tristemente preocupada, diciéndome que al dia siguiente volveria acompañada de su médico.

(Concluirá).

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

PENSAMIENTOS.

Infatuarse de sí mismo y persuadirse de tener mucho talento, es lo que sucede casi siempre al que no tiene ninguno.—*Labruyere*.

El robo y la usura son hermanos carnales, hijos ambos de la corrupcion y el desenfreno.—*Juan de Capúa*.

Respetad á un sér por pequeño y débil que parezca, porque hasta el mas sutil cabello tiene sombra.—*Benito Allét*.

No trabeis amistad con el hombre iracundo, ni os asociéis jamás con viciosos.—*Salomon*.

La esperanza es la conviccion en una conciencia tranquila.—*Ramon Giron*.

En un alma grande, todo es grande.—*Pascal*.

ERRATAS.

En el artículo *El árbol de la vida*, dice en el epígrafe del primer capítulo: «El árbol sin flores» y debe decir: «El árbol con flores».

En los pensamientos 3.º y 13.º que hay en la plana 8.ª, dicen las firmas *Cristina*, debiendo decir *Cristna*.